

**Dos veces sin
BRENDA**

Manuel Julián

MJW
WRITINGS

Dos veces sin **BRENDA**

Manuel Julián



Título original: **“Dos veces sin Brenda”**
Autor: Manuel Julián
Website: julianswritings.com
E-mail: julianwritings@gmail.com
© **MJW** Manuel Julián Writings

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Imagen de portada: Kateryna Hliznitsova.
© Diseño gráfico: Edwards Owen

Primera edición: junio de 2025

Publicación: Google Play Books - Apple Books

Índice

		Página
1	Solo palabras	6
2	La primera vez	15
3	Implicaciones	33
4	El vacío	38
5	Una taza en el microondas	44
6	Regreso al Niza	51
7	Campanas y sirenas	66
8		
9		
10		

...“Era un placer quemar. Era un placer especial ver las cosas consumirse, ver cómo se ennegrecían y cambiaban. Con la punta de bronce de esta gigantesca serpiente en la mano, bombeando su veneno kerosén sobre el mundo, la sangre le latía en la cabeza y sus manos parecían las de un director tocando todas las sinfonías del fuego y las llamas que destruían la historia y los recuerdos”...

*Ray Bradbury, **Fahrenheit 451***

1

Solo palabras

La sirena del camión irrumpía en la quietud de una ciudad profundamente adormecida, era muy temprano para casi todo, pero no para acudir a una nueva emergencia. La dotación permanecía sentada en la parte de atrás, mirándose en silencio, hasta que la radio interrumpió bruscamente sus pensamientos:

«Además del traje ignífugo, los que entren deberán emplear los respiradores artificiales» —crepitaban los altavoces.

Por un instante acudieron a sus mentes las rutinas de ese día: las tareas que no habían terminado, o los planes para el resto de la semana; sin embargo, todas esas cosas carecían ahora de importancia, no era momento de bromas ni de pensar en nada más que en seguir las instrucciones, eran conscientes de que se encontraban muy cerca del peligro y esto les había hecho enmudecer.

Bernat, el conductor, hizo girar las ruedas del pesado vehículo de carga que además del sistema de bombeo, transportaba más de 5.000 litros de agua. El caucho de los neumáticos se retorció sobre el asfalto como el siseo del cuero nuevo mientras llegaban a su destino, una zona industrial a las afueras de Barcelona. Bernat frenó el camión frente a una fábrica de pinturas que ardía lentamente. Todo se había llenado de humo, era tan denso y oscuro

que engullía la iluminación de toda la calle y las cenizas, un cieno volátil que recordaba las plumas de un búho, ya habían formado una gruesa capa de sedimento sobre el suelo.

—¡Cada uno en su sitio! Eduard, llévate a Lluís.

Lluís era el novato, se había preparado a fondo y completado los entrenamientos de manera aceptable, pero esto era el mundo real sin simulacros ni posturo. El novato ya se encontraba en su quinto año de servicio, pero daba igual el tiempo que llevara en el cuerpo, siempre sería el pardillo.

Ambos sabían muy bien lo que tenían que hacer y saltaron del camión para obedecer en el acto al jefe Cesc. Obedecer era la diferencia entre fastidiarlo todo o seguir vivos. Corrieron hasta las bocas de incendios y rompieron el cristal, lo habían ensayado cientos de veces, era una acción en cuatro movimientos. Inmediatamente después la presión del agua empapaba el techo.

La antigua fábrica era un edificio de ladrillo, hierro y cristal de tres plantas, con laboratorio, oficinas, el taller y un muelle de carga. Comprobaron que la estructura, a pesar de estar bajo una constante lluvia, apenas percibía cierto hormigqueo, en su lugar, la voracidad de las llamas crecían y se propagaban exponencialmente a los esfuerzos de extinción. Eran lenguas de fuego que respiraban como un animal atormentado, extendiéndose con la furia de un secreto demasiado tiempo oculto.

Los primeros en llegar habían traído un contenedor de riesgo químico, uno de esos que se puede llenar mediante una bomba neumática. El mecanismo podía succionar hasta 300 litros por minuto de toda clase de sustancias inflamables.

El equipo de Cesc era la segunda dotación que acudía esa noche y estaba compuesta por siete bomberos, casi todos veteranos, entre ellos se encontraba Brenda O'Brien, especializada en agentes químicos, el comportamiento del fuego en diferentes elementos y atención médica de primera intervención. Solo un cuatro por ciento de mujeres servían en los cuerpos de bomberos, pero la teniente O'Brien era tenaz y siempre se esforzaba al máximo. Por ese motivo el

resto de la brigada la trataba como a un igual, aunque nadie reconoce que tiene tendencias machistas hasta que sus actitudes lo evidencian. Le había costado mucho trabajo superar las oposiciones y las pruebas físicas de ingreso, pero consiguió hacerse un lugar en la academia. Después tuvimos que mantener una distancia de respeto y dignidad para estar a la altura de sus esfuerzos. El desgastado casco de la teniente llevaba además de su apellido y graduación, la placa con el gravado de la ciudad y los golpes y arañazos de incontables intervenciones.

—¡Qué miras novato! ¿No habías visto nunca uno como este?

Lluís bajó la mirada hasta sus pechos, ahora cubiertos por una parka gruesa con cintas reflectantes.

—¡Menudo niño! ¡Concéntrate en lo que estás haciendo si no quieres causar un accidente y arruinarnos la salida! ¡A ver si espabilas!

La familia de Brenda había llegado desde Irlanda cuando ella solo tenía diez años y desde el principio quiso seguir los pasos de su padre, un bombero de Galway. Desafortunadamente no pudo mudarse con ellos. Lo que no hizo el fuego, lo hizo el tabaco, o quizá la mezcla de ambos. Era un buen hombre, esposo y padre, el centro de gravedad de Brenda, y desde entonces se había jurado a sí misma terminar lo que él había empezado.

—¡Teniente!, habla con el propietario y asegúrate de que no quede nadie dentro de la fábrica, —ordenó el jefe Cesc a Brenda.

—Ya lo he hecho, jefe. Dice que todavía no han localizado al guardia de seguridad.

—¿Qué quiere decir con que no lo han localizado?

—No responde a la radio ni al teléfono. —Añadió ella.

—¿Podría estar todavía dentro? —Preguntó Cesc de nuevo.

Brenda no lo desmintió.

El jefe de bomberos no era lo que se suele decir, una persona emocional, pero no soportaba la idea de perder a nadie, ya fuera oficial o civil, bajo su mando.

—Si todavía está ahí, tendremos que darnos prisa para sacarlo.
¿Quieres acompañarme?

Mientras el jefe y la teniente se preparaban para entrar, Didac, el sargento, ordenaba el uso del *Aqueous*; una mezcla de espumas acuosas basadas en una combinación de sustancias sintéticas.

Todo estaba orquestado para que tuviera cierta armonía, y en el que cada miembro del equipo seguiría la misma melodía porque sabían exactamente lo que tenían que hacer. Avanzaron con el peso del agua en las mangueras, la presión palpitando en sus manos como una yugular atenazada en su último aliento.

Accedieron por el muelle de carga y Brenda siguió, literalmente, las pisadas de Cesc. A una leve indicación del jefe se apartó de una puerta y este empuñó el hacha. Se detuvo un instante delante del obstáculo, con la mano muy cerca de la superficie, levemente inclinado como en una profunda conversación con Dios. Ambos sabían que para evitar el *backdraft* o explosión de gases en contacto con el oxígeno, nunca se debía abrir una puerta de un solo golpe. Cesc lanzó una última mirada a Brenda y rompió la cerradura. Al momento, un humo negro y denso se filtró a través de la nueva abertura. Cesc, empuñando de nuevo la pesada herramienta, atrajo un poco más la puerta hacia sí y afortunadamente, no hubo deflagración. Después de realizar una última comprobación hizo un gesto a Brenda para que le siguiera.

—¡Recuerda! Longitud, altura y profundidad.

La lección de las tres dimensiones venía a decir: “*no te olvides de mirar también hacia arriba*”, así es que Brenda iluminó con su potente linterna una buena parte del techo.

—Parece que no aguantará mucho. —Le dijo con voz en cuello.

El primer chorro había roto un silencio abrasador, fue un choque entre dos fuerzas primitivas: frescura contra el calor, caricias contra la destrucción. El agua que se filtraba por la estructura había creado charcos de estucado y arena que se adherían a sus botas.

—¿Dónde estamos? —Preguntó Cesc, y al momento una voz metálica desde la central de bomberos respondía:

—Habéis dejado atrás el muelle de carga. A la derecha encontraréis una recepción con sala de espera y a la izquierda un pasillo de oficinas que os llevará hasta la escalera. El laboratorio está en el primer piso.

Cada bombero tenía un detector de movimiento, una especie de GPS de alto rendimiento que se podía rastrear o monitorizar desde la central y que permitía conocer la ubicación exacta de cada miembro del equipo. Este era un recurso mucho más eficaz que el dispositivo acústico del “*hombre caído*”.

El jefe y Brenda avanzaron por el laboratorio, era el camino más corto hasta la zona de vigilancia, el cristal de las paredes estaba ahumado y agrietado por el calor, todo lo demás parecía estar todavía intacto. El vapor les envolvía como una bruma fantasmal y Brenda comprendía que apagar un fuego no era simplemente salvar paredes o preservar estructuras, era domar una furia primigenia y devastadora, devolverle la calma a la noche, apaciguar con el agua lo que el fuego había intentado poseer para siempre, de algún modo restablecer la armonía y dar esperanza.

El trabajo en la centralita es muy importante. Esto es algo que me repetía a menudo a mí mismo y que constantemente me recordaba el jefe Cesc: «...alguien debe recibir las llamadas de socorro, dar la alarma o escoger la *ruta...*», en cierto modo estaba de acuerdo con todo esto, pero me costaba mucho esfuerzo adaptarme, me hormigueaban los pies y echaba de menos esa sensación de intensidad afilando todos mis sentidos. Sin embargo, todo el tiempo y todas las veces que el jefe se había reunido conmigo con la intención de animarme eran insuficientes, sus sermones eran para mí solo palabras.

En los últimos doce años había acompañando al jefe Cesc y al resto del equipo en todas y cada una de aquellas emergencias, y ahora estaba aquí, atrapado frente a un micrófono por culpa de un estúpido accidente. Una caída de seis metros, que afortunadamente no me dejó parapléjico, pero que, en muchas ocasiones, como ahora, me hacía sentir frustrado y vacío. Delante de mis ojos y enmarcado en la pared estaba nuestro código ético, una serie de consignas sobre los motivos y las certezas que nos impulsaban cada día a hacer lo que estábamos haciendo. De entre aquella lista de preceptos destacaban el compromiso y la lealtad, pero no podía seguir engañándome, el verdadero motivo por el que todavía continuaba en el cuerpo era Brenda y mi ingenua esperanza de que tendría una oportunidad con ella. Por supuesto, el accidente no fue mi única torpeza. Brenda no era, lo que se suele decir, una chica fácil y yo soy el auténtico *dummie* de las relaciones de pareja. Yo y mis absurdos temores: miedo a que solo se acercara a mí por compasión, a no saber cómo comportarme cuando estuviésemos solos, o cómo construir una vida juntos en medio de un crispado ambiente de incendios y riesgos de accidentes. En fin, estaba hecho un lío y tanto tiempo de inactividad me estaba matando, Brenda era en ese momento mucho más que un punto de luz parpadeando en la pantalla y solo podía contar los minutos hasta verla de nuevo entrando por la puerta de la base.

El estruendoso aviso de la radio me sobresaltó de nuevo:

—Bravo 14 (jefe de la división de equipos) ...Bravo 14. Posible 4.4 (derrumbamiento)

—Oscar 1 (Centralita) Recibido. Paso comunicación al equipo.

La centralita contactaría con el sargento para extremar precauciones.

—Bravo 14... —La voz del jefe Cesc volvía a sonar con mucha arena...

—Código 20 (Persona en peligro) —La teniente y yo estamos en el laboratorio. Tenemos un montacargas a nuestra izquierda, localiza una vía de evacuación, estamos buscando al guardia de seguridad.

La adrenalina regresó en forma de angustia y comencé a deslizar el cursor del ratón por todas las imágenes que aparecían en la pantalla, se trataba de los planos de la antigua fábrica.

—Oscar 1 ... —Salida al exterior en veinte metros, a la derecha hay una puerta cortafuegos con palanca antipánico.

—¡Jefe! —Exclamó Brenda apuntando con su haz de luz un rincón del pasillo en el que asomaban unas piernas con calzado de seguridad.

Podía oír su voz desde la centralita:

—¿Qué pasa, jefe?

—Hemos encontrado al vigilante, procedemos a su evacuación..., ¡Maldita sea! ¿Por qué son siempre tan obesos?

—Debe ser por la bollería, trabajar de noche o el aburrimiento,
—respondió O'Brien arrastrando con Cesc al guardia de seguridad.

Después de esto un fuerte estruendo dejó muda la comunicación, no era una explosión, era más bien como un agudo chirrido acompañado de golpes.

—¡Bravo 14! ¡Bravo 14!... ¡jefe! ¿Qué ha pasado?

La radio estaba en silencio...

De inmediato llamé a Didac...

—Lo siento, Julio, todavía no sabemos nada, se ha hundido buena parte del techo, apenas podemos respirar. Pide refuerzos y personal sanitario.

—Me respondió el sargento.

—¿Qué pasa con el jefe y Brenda? —Le pregunté de nuevo.

—Aún no han salido. Ha habido un derrumbamiento, la nube de humo no nos deja ver nada...

Me quedé un instante en el más profundo de los limbos. Era tal mi abstracción que por un momento no recordaba ni dónde estaba. Casi cinco segundos después reaccioné como un poseso llamando a todo el mundo que estuviera despierto y que pudiera conducir una UVI móvil.

La verdad es que, si lo pensaba bien, en realidad no había tenido grandes conversaciones con Brenda, solo algunas frases intrascendentes: —Qué tal el fin de semana? ¿Cómo te ha ido hoy? ¿Vendrás a tomarte algo con nosotros?, ese tipo de cosas simples y muchas veces a destiempo. No lo podía evitar, en cuanto la veía entrar, me sudaban las manos y me atragantaba en mi propia inseguridad. Las palabras, las que podía encontrar, parecían salir de una caverna azotada por las olas del mar, pero era así, lo era siempre y no podía hacer nada para cambiarlo. Me sentía ridículo y muchas veces era consciente de ello y esto me incomodaba, me incomodaba mucho.

Ya habían pasado más de media hora y todavía no había recibido ninguna noticia de la fábrica, la espera parecía eternizarse, pero habría sido una negligencia imperdonable abandonar la estación en un acto desesperado por acudir al incendio.

—Oscar 1. —Resonó de nuevo en el enorme hangar de bomberos.

—Volvemos a la base. —Reconocí la voz de Didac.

—¿Ha ido todo bien? —le pregunté saltándome todo el protocolo de comunicaciones.

—El jefe, Brenda y un guarda de seguridad han sido trasladados al hospital por equipos sanitarios, a nosotros nos han reemplazado, llegaremos en unos minutos.

—¡Corto!

Julio estaba en la centralita absorbiendo toda aquella información, dejando que viejos temores acudieran de nuevo a su mente, la intensidad de aquel silencio caía sobre él como un granizo de piedras.

El camión entró en la estación de bomberos todavía humeante y sus compañeros desprendían vapor por todos los poros de su piel, las botas dejaron un rastro de ceniza hasta las duchas. No había mucha conversación, ni bromas. Los movimientos eran pesados y lentos.

—¿Qué ha pasado? —Me apresuré a preguntar.

—El techo no aguantó y ahora tenemos al jefe y a la teniente en el hospital.

—Pero..., ¿Están bien? —La angustia intensificaba el tono de mi voz.

—¡Un desastre, todo se ha derrumbado! —Añadió Lluís, el novato.

—¡Lluís, déjalo!, aún no tenemos suficiente información, —Le reprendió Didac.

—Yo solo decía...

—Hablas demasiado..., antes de la ducha, limpia todas las mangueras y déjalas perfectamente enrolladas en sus carretes...

—Lluís entendió que había sido demasiado impulsivo y que ahora lo que menos necesitaban era que avivara la incertidumbre. Didac, el sargento había dado por finalizada la conversación, sin embargo, para suavizar la tensión le dio un cariñoso manotazo con sus guantes en el hombro.

—Date prisa, que hoy tenemos pizzas y ya sabes lo rápido que desaparecen...

Media hora después, durante la cena, supimos que el jefe y la teniente se encontraban mejor y que ya estaba todo controlado, aunque deberían permanecer un tiempo, todavía indeterminado, en observación hasta comprobar que no se habían producido otras secuelas.

2

La primera vez

Al día siguiente, los chicos pudieron sustituirme en la centralita y acudí al hospital. Era un martes y de camino compré unas flores para O'Brien y unos caramelos de miel, los preferidos del jefe.

Conduje la camioneta con una callada inquietud, soportando la intensidad de un tráfico casi tan espeso como mis pensamientos y seguí las indicaciones hasta el aparcamiento subterráneo del Centro Médico Teknon, después subí en ascensor hasta el jardín. Las cotorras revoloteaban entre las hojas de las palmeras ruidosas e impertinentes, mordisqueando profusamente los dátiles maduros.

Pedí información en la recepción y me confirmaron que ambos estaban en la planta de traumatología. Llamé con los nudillos a la habitación 305:

—¿Ahora me traes flores? —Preguntó el jefe Cesc a Julio

—No te hagas ilusiones, a ti solo te he traído caramelos. ¿Cómo te encuentras?

—Rotura de pelvis por dos sitios y tres costillas, afortunadamente no han perforado el pulmón. Y tú, ¿qué tal vas con la pierna?

—Bien, jefe. El doctor dice que sentado no se me nota. —¿Tendrás que estar mucho tiempo inmovilizado?

—Por lo menos veinte días de hospital y después varios meses de rehabilitación ¡Una suerte! Sobre todo, si tenemos en cuenta la viga de hierro que encontraron a pocos centímetros de mi cabeza. ¿Qué tal el sargento, es muy severo con vosotros?

—Didac hace lo que puede, es un tocapelotas, pero hemos decidido colaborar.

—Me alegro, y ¡a qué estás esperando! ¿Quieres que esas flores se marchiten a mis pies como si ya estuviera agonizando? ¡Vete ya, que son las cuatro y me vas a estropear la hora de la siesta!

—Ok, jefe, cambio y corto. Espero que no te atragantes con los caramelos. Cesc sonrió: —No pierdas más tiempo y dale saludos a Brenda de mi parte.

Julio caminó por el pasillo intentando disimular y que no se notara lo nervioso que estaba, las enfermeras cuchicheaban sobre él, parecía que, a pesar de su leve cojera, todavía estaba en buena forma, y esto le daba cierta confianza.

Estiró del anorak para mejorar su aspecto y después llamó a la puerta con suavidad. Miró por una rendija y vio a Brenda dormida, con el brazo derecho escayolado y colgando de unas poleas. Cerró lentamente y regresó después con las flores, pero esta vez en un jarro de cristal que colocó sobre la mesita, junto al reloj de Brenda, el Novak que todos le habían regalado el día de su graduación.

Después se sentó en un mullido sillón a esperar, observando su aura de ángel somnoliento, y se quedó allí comprobando el teléfono. Todo estaba en silencio a excepción de la pantalla de un gráfico de constantes. La luz era tenue y el ambiente tan suave y soporífero, que él mismo percibió, como le había ocurrido en otras ocasiones, que su mente volvía a divagar.

Durante el primer año de Brenda, Julio fue su principal compañero. Ambos habían sido asignados a algunas emergencias sin fuego. Un sábado, el jefe los envió a rescatar a un niño. Toni Ubach, de siete años.

La familia Ubach se había mudado al barrio de Sant Gervasi en primavera y se había acomodado en una enorme casa de tres plantas y una buhardilla. La vivienda contaba también con un garaje, jardín y una piscina antigua, pero familiar. Después de dos semanas, una noche, el niño no acudió a la cena, algo que nunca había pasado antes.

Brenda y Julio hablaron con los padres:

—¿Por qué no han llamado todavía a la policía?

—Creemos que aún es pronto para denunciar la desaparición, solo han transcurrido unas horas y además hemos escuchado algunos ruidos en la casa que nos hace sospechar que todavía está aquí.

Ambos bomberos se miraron sin acabar de entender lo que el señor Ubach trataba de decir:

—¿Qué clase de ruidos? —preguntó Brenda

La madre, miró primero a su esposo como si le pidiera permiso para hablar y después decidió tomar la palabra:

—Esta es en realidad la casa de mis bisabuelos y la recibimos como parte de una herencia. Durante los últimos años han vivido aquí diferentes miembros de nuestra familia, algunos han realizado pequeñas reformas o tareas de mantenimiento, pero la buhardilla todavía conserva muchos objetos, muebles y pertenencias de la historia familiar. Hemos oído ruidos de pisadas y pequeños golpes de metal en las tuberías de la calefacción. Aunque también podrían ser ratones, como ya se habrán dado cuenta, esta es una casa muy antigua...

—Lo que quiere decir mi esposa es que Toni, nuestro hijo, convirtió ese viejo desván en el lugar preferido de sus juegos. Allí encontró objetos para

él fascinantes y un baúl repleto de tebeos, fotografías y revistas de época. El ambiente de ese lugar es para Toni como algo mágico y nos hizo prometer que no nos desprenderíamos de ninguna de aquellas cosas.

—Sí, pasaba casi todo el día en la buhardilla, mirando por la ventana a través de unos prismáticos. —Interrumpió Susana Ubach, la madre.

—¿Mirando con unos prismáticos? —preguntó Julio, y al momento se dio cuenta de la ingenuidad de su observación. —La teniente le lanzó una mirada de reproche.

—Estaba obsesionado con la casa abandonada. —Interpeló Ignasi Ubach, el padre del niño.

Brenda y Julio se miraron con cierto asombro, todo parecía demasiado confuso y surrealista..., los padres lo percibieron e intentaron explicarlo: —Al otro lado de la calle hay una casa abandonada, lleva mucho tiempo en venta, pero nadie quiere hacerse cargo porque está protegida como patrimonio cultural, parece que fue la vivienda de una persona ilustre y quien la compre no la podrá derruir, sino solamente conservarla con su aspecto original, lo que representaría un coste mucho mayor que edificar una nueva. Créame, sé de lo que hablo, soy economista y trabajo en una importante agencia financiera.

—Toni dice que vigila a las pequeñas que viven en esa casa, pero ya saben, a esa edad, la imaginación de un niño puede ser desbordante. En cuanto llega del colegio, se coloca los prismáticos y no los suelta ni para merendar. —Aclaró Susana, la madre.

—Hemos sido hasta ahora muy tolerantes con él, pero quizá, después de esto deberíamos establecer ciertas normas y si es necesario, reducir el tiempo que pasa ahí arriba o llevarlo a un psicólogo. Leí en una revista de divulgación científica que algunos niños crean personajes imaginarios con los que mantienen conversaciones, una especie de amigos invisibles... —El señor Ubach parecía muy ofuscado.

—Está bien. ¿Podemos ver la buhardilla? —Tomó la iniciativa la teniente.

—Sí, sí, claro. Mi esposa les acompañará, yo tengo una videoconferencia. —El señor Ubach hizo un gesto con la mano para dar por finalizada la conversación y después cerró la puerta de su infranqueable despacho.

—¿Es la primera vez que el niño se esconde tanto tiempo? ¿Lo había hecho antes? —preguntó Brenda a la madre mientras subían las escaleras.

—No hagan caso de lo que dice mi esposo sobre llevarlo a un psicólogo, Toni es un niño muy creativo y hemos sido muy comprensivos, porque la mudanza ha representado para él dejar atrás su colegio, su barrio y a sus amigos. Pero es la primera vez que el niño pasa una noche sin estar con nosotros. Si para esta tarde no conseguimos averiguar algo, entonces sí que avisaremos a la policía.

Después de un empinado ascenso, llegaron por fin a la parte más alta de la casa, y cuando ya se encontraban frente a la puerta, Brenda hizo la siguiente sugerencia: —¿Nos podría dejar a mi compañero y a mí a solas durante unos minutos? Vamos a tomar algunas notas y fotografías y luego nos reuniremos con usted abajo, en el comedor.

—De acuerdo. Si necesitan algo más llámenme y subiré enseguida.

—Muchas gracias señora Ubach, —Le respondió Julio con la mejor de sus sonrisas.

Mientras la madre volvía a bajar las escaleras, los bomberos se adentraron en aquel mundo mágico que tanto atraía a un niño de siete años y que había encontrado su refugio en el desván. Cerraron tras de sí e hicieron una exploración visual de todo el espacio y los elementos que envolvía la buhardilla, una especie de trastero de artículos de época, objetos inútiles acumulando polvo.

—Mira esto. Un tomavistas de super 8 en su estuche original. —Julio parecía el niño de siete años al que estaban buscando. —¡Y un gramófono! Mira cuántos libros, y una raqueta de tenis y esta maleta de cartón..., miniaturas, juguetes, un desgastado sofá de piel con una lámpara y un montón de revistas LIFE de principios de los cincuenta..., esto es como realizar un salto en el tiempo...

—¿Quieres dejar de hacer eso?

—¿Dejar de hacer qué?

—Dejar de comportarte como un crío...

Al otro lado de la calle se podía ver la casa abandonada, el césped había alcanzado una considerable altura y la fuente contenía el agua verde y podrida de muchas lluvias. Las palomas entraban por el tejado para buscar cobijo.

—¿No había dicho la madre del niño que nunca se separaba de sus prismáticos? —preguntó repentinamente Julio.

Allí estaban en el suelo, junto a la puerta de un armario. Había además un rastro de migas de pan de alguna merienda y que terminaban repentinamente en el mismo lugar. Brenda se adelantó hasta la puerta y la abrió despacio. De su interior emergió un penetrante olor a humedad y alcanfor. Mientras que Julio no perdía detalle mirando por encima de su hombro, la teniente intentó mover la ropa, los pesados abrigos de paño y astracán apenas se inquietaron en sus perchas cuando la teniente los apartó.

—¿Ves algo?

—No. El fondo está muy oscuro.

Brenda hurgó en su cinturón y cogió la linterna.

—Aquí hay algo, es como un tubo —dijo mientras alumbraba su interior.

—¿Qué quieres decir con "un tubo"...

—No estoy segura, pero voy a averiguarlo.

Para asombro de Julio, el cuerpo de la teniente ya estaba completamente dentro del armario hasta que solo podía ver sus botas, fue solo un instante, y después desapareció como si el armario se la hubiera tragado. Aún podía oír el grito de sorpresa y quizá miedo de la teniente cuando se cerró la puerta.

Julio estaba allí, solo. Como un pasmarote, delante de un viejo mueble de madera sin saber lo que estaba pasando.

—¿Cómo?! ¡Esto no puede ser verdad! —Le temblaban las piernas, pero aún pudo introducir su cuerpo en el mismo tubo que un minuto antes había alumbrado la teniente.

—¡Brenda! ¡Brenda! ¿Puedes oírme? —Su voz se propagaba como un sonido enlatado.

La superficie del tubo parecía hecha de un metal extremadamente resbaladizo, volvió a llamar a su compañera hasta trastabillar en su interior y perder la linterna. Inmediatamente después su cuerpo se deslizaba por un largo tobogán.

Julio continuaba cayendo por aquel interminable tubo, que describía curvas y tramos rectos. Sus gritos no eran escuchados por nadie y no había nada en lo que pudiera sujetarse, de vez en cuando se vislumbraba un destello de luz natural filtrándose a través de un techo de ladrillo, como un vagón pasando a toda velocidad por una estación abandonada, hasta que por fin se desplomó sobre una base de arena en la que todavía yacía el cuerpo de la teniente. En la torpeza de sus movimientos, sus labios se rozaron.

—¿Cuánto pesas Julio? ¿Noventa kilos? ¿Puedes por favor dejar de aplastarme?

—Esto sí que es salir del armario. —Julio se puso en pie, sacudiendo la arena de su uniforme. —La teniente no rió la broma.

—Disculpa el golpe, ¿Qué sitio es este?

—Eso es lo que estaba intentando averiguar cuando has aterrizado sobre mí... —Brenda alumbró el techo de un pasillo abovedado en el que todavía podía observarse un antiguo tendido eléctrico con una hilera de bombillas. Las telarañas se adherían a su pelo mientras caminaban.

—Mira esto —dijo Brenda señalando con su haz de luz la pared.

Debajo de un número 14 pintado en rojo había un banco de piedra.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó Brenda

Era una pregunta retórica que ella misma estaba dispuesta a responder: —Estamos en un refugio antiaéreo.

—¿Un refugio de cuando la guerra?

—¿Qué pasa, nunca fuiste a clases de historia? —A mediados de marzo de 1938, la aviación legionaria italiana, conjuntamente con la Luftwaffe de Hitler bombardearon Barcelona. La población civil, siguiendo los diseños originales del joven ingeniero Ramón Perera, se unió para excavar más de veinte kilómetros de túneles, un total de unos 1.300 refugios antiaéreos repartidos por toda la ciudad, y este debe ser uno de ellos. Eran puntos estratégicos que llamaban *“la defensa pasiva”*, gracias a estos refugios miles de personas lograron salvar sus vidas.

Algunos de ellos, los que todavía se conservan en buen estado, son frecuentados por estudiosos, alumnos o turistas. Mi madre y yo visitamos una vez el de la Plaça del Diamant, en el barrio de Gracia...

—Brenda continuaba caminando mientras parloteaba sobre los refugios antiaéreos, cuando una sombra se cruzó delante de ellos.

—Julio. Apaga la linterna y no te muevas.

—¿Qué pasa? —susurró él.

—Brenda le indicó que apoyara su espalda a la pared y que permaneciera en silencio: —No estamos solos.

Julio podía sentir cómo el latido de su corazón intentaba sincronizarse con el de ella. Inevitablemente comenzó a sudar y aquel viejo olor a misterio, de alguna manera, se estaba haciendo cada vez más presente. Para sorpresa de la teniente, Julio, de forma inconsciente se había aferrado a su mano, como lo haría un niño en la puerta del dentista.

En la central, los chicos ya habían terminado sus rutinas: limpieza y revisión de equipos, y ahora estaban pasando el rato. Unos jugaban a las cartas o a los dardos y otros veían la televisión o leían algo. El jefe Cesc decidió hacer una llamada a los tortolitos y el teléfono de la teniente O'Brien comenzó a vibrar e iluminarse. El tono de su llamada era "*Titanium*", una canción sobre alguien que había decidido que los problemas de la vida no le afectarían y que todas y cada una de aquellas viejas preocupaciones rebotarían como balas sobre su pecho de Titanio, uno de los metales más resistentes que se conocen. Se podría decir que todo en la vida de Brenda tenía algún significado, la elección de su música, su trabajo, su manera de entender el mundo. Julio la amaba por todo lo que sabía de ella, pero también por lo que callaba y que todavía no había logrado descubrir, como la forma en que le miraba cuando hablaban y que le hacía sentir como si no hubiera nadie más en la faz de la Tierra.

Brenda tapó el teléfono hasta ahogar el sonido y Julio también apagó el suyo. Ambos permanecían inmóviles sin saber a qué se enfrentaban, quizá a un animal salvaje u otra alimaña habituada a aquel mundo subterráneo. Lamentablemente un cinturón de bombero no lleva defensas, así es que Julio empuñó su ridícula linterna como si fuera un arma mortal.

—No seas absurdo —le reprendió Brenda, y entonces, de forma súbitamente inesperada un niño se plantó de un salto delante de ellos y les preguntó:

—¿Vosotros sabéis cómo salir de aquí?

Tanto Brenda como Julio intentaron no demostrar lo sobresaltados que estaban, aunque a Julio se le escapó un pequeño gritito espasmódico.

—Hola pequeño. Tú debes ser Toni. —Observó la teniente.

—¡Sí!, ¿cómo lo sabes?

—Te pareces mucho a tu madre.

—¿Conoces a mamá?

—Sí, y no tienes nada de qué preocuparte. Nosotros hemos venido a buscarte.

Toni era un niño absolutamente adorable, con una amplia sonrisa y un cabello castaño en el que hilaban algunos mechones rubios.

La teniente O'Brien y Julio encendieron de nuevo el móvil, pero ya se había perdido la señal de cobertura.

—Muy bien Toni. Escúchame atentamente. Tú llevas más tiempo que nosotros en estos túneles, ¿has oído algún ruido, visto alguna luz o notado alguna brisa de aire?

El niño se había quedado profundamente pensativo y finalmente respondió:

—La primera luz que he visto en mucho tiempo ha sido la linterna de este señor, dijo señalando a Julio. Ruidos no hay ruidos, pero una vez noté un poco de aire. —Evidentemente, para el niño era como si hubiera pasado mucho tiempo. Estaba sucio y seguramente hambriento.

—¿Nos puedes enseñar dónde has notado esa corriente de aire?

—¡Claro!, es por aquí...

—Brenda le tendió la mano y el niño la cogió como si fuera el único salvavidas de un naufragio. Julio observaba divertido el don natural de la teniente para ganarse la confianza del pequeño.

Caminaron de nuevo por aquel laberinto de túneles repleto de telarañas, alumbrados por la única luz de sus linternas. En algún momento les pareció ver otro arenero para amortiguar la caída durante una evacuación de emergencia. Subieron, bajaron y pasaron varias veces por los mismos lugares. Después de más de media hora de caminar en círculos, empezaban a dudar del sentido de orientación del pequeño y, por si fuera poco, la débil luz de la linterna de Julio se debilitó hasta apagarse definitivamente.

—Me tenía que haber traído a Wilt, —dijo Julio. Él seguro que habría encontrado la salida en unos minutos.

—¿Quién es Wilt? —Preguntó Toni

—Es mi perro. Un pastor alemán de pura raza y muy inteligente.

—¿De pura raza y tan inteligente como su amo? —Insinuó Brenda con los ojos bien abiertos y señalando con la cabeza al pequeño. En realidad, no quería que Julio, con sus comentarios, pudiera herir los sentimientos del niño en sus esfuerzos por encontrar la forma de salir de allí.

Julio le había puesto al perro el nombre de un personaje de Tom Sharpe, y de uno de sus libros favoritos. En la central de bomberos había mucho tiempo para leer y fue allí donde descubrió la antigua novela del autor británico.

—¿Un día me enseñarás tu perro? —preguntó Toni al bombero.

—¡Por supuesto! —Respondió Julio esperando no haber metido demasiado la pata.

Pasaron por delante del banco de piedra número ocho cuando, un casi imperceptible aliento movió el flequillo del niño.

—Hemos llegado. Es aquí. —Dijo el pequeño Toni.

—¿Aquí? ¿estás seguro? —Julio miró a su alrededor y todo parecía tan oscuro y tenebroso como todo lo que ya habían recorrido hasta ahora.

El niño se colocó delante del arco de una bifurcación y Brenda alumbró con su linterna el hueco al que miraba el pequeño. De nuevo, las telarañas se movieron como la densa cortina de una cripta. O'Brien, no lo pensó dos veces y se adentró en la oscuridad hasta que sus manos palparon los primeros peldaños de una herrumbrosa escalera de hierro.

Ignasi Ubach estaba junto a su esposa Susana en la buhardilla. La señora Ubach se había arrellanado en el viejo sofá abrazada a los prismáticos de Toni, su pequeño niño.

—Sí, soy el señor Ubach y quiero denunciar la desaparición de tres personas, dos bomberos y mi hijo de siete años. —¡No! No se trata de ninguna broma, ¿cree que puedo tener en estos momentos ganas de bromear? Necesito que envíen cuanto antes una patrulla a nuestra casa.

Después de responder a todas las preguntas que le formularon desde la comisaría, también llamó a la central de bomberos. El jefe Cesc montó en un vehículo de emergencia acompañado por otro bombero y el sargento.

—No sé muy bien lo que ha pasado, pero Julio y Brenda han desaparecido.

—¿Qué quiere decir con desaparecido, jefe? ¿No iban a rescatar a un niño? —preguntó Lluís, el pardillo.

—Sí, ya sé que se trataba de un asunto sencillo, pero ahora no hay rastro de ellos ni tampoco del niño, así es que no la fastidiéis e intentar tener los ojos bien abiertos.

La teniente había comenzado a subir aquella desgastada escalera cuando a unos pocos metros sobre su cabeza tropezó con una superficie.

—¡Es una tapa de hierro, como una alcantarilla! —exclamó —espero que no esté cerrada por fuera.

—¿Quieres que suba? —dijo Julio

—No. Ya lo intento desde aquí.

Brenda empujó con el hombro la pesada tapa impulsándose como un resorte con las dos piernas. Mientras se mantenía bien sujeta a la barandilla volvió a intentarlo y entonces una esperanzadora abertura de luz irrumpió en los ojos de Julio y Toni.

—¡Lo está consiguiendo! —exclamó el pequeño. —La teniente O'Brien es así, nunca se rinde. —Reconoció con admiración Julio.

Poco después la abertura se hizo mayor hasta que Brenda pudo desplazar la tapa de hierro a un lado. En cuanto la abrió, cayeron restos de tierra y materia vegetal sobre los que estaban debajo.

Por fin Brenda había logrado sacar todo su cuerpo de aquel oscuro agujero y volvió a asomarse:

—¡Ya podéis subir! —Julio, pon al niño delante y vigila que no se resbale, la escalera está muy húmeda y oxidada.

El primero en llegar a la casa Ubach fue el inspector Balsera, le acompañaba Fernando, un policía regordete vestido de uniforme y al que después de una mala idea con el disfraz de una fiesta de Halloween, todos le llamaban Freddy.

Escucharon con paciencia toda la explicación de los padres y también subieron a la buhardilla. Mientras miraban la casa abandonada desde la ventana, llegó el jefe Cesc con sus hombres.

—No lo puedo creer ¿Quién ha llamado a los bomberos? —preguntó el inspector. —Vamos a convertir todo esto en un puñetero circo...

Detrás del vehículo de los bomberos había aparcado también una pequeña unidad de televisión, siempre a la caza de nuevas noticias. Era una de esas furgonetas con una antena parabólica instalada en el techo y de la que saltaron como si hubieran recibido instrucción militar; una presentadora, una cámara y un técnico de sonido con un micro colgado de una pértiga a la que llaman jirafa.

«Estamos aquí en la calle del doctor Roux, distrito de Sant Gervasi para hablar de una curiosa desaparición, la de un niño de siete años y dos bomberos que habían acudido hasta aquí para su recate. Intentaremos esclarecer los hechos y para ello nos entrevistaremos con las autoridades locales y también con la familia...

Cada año se producen miles de desapariciones en todo el país y cientos de ellas son niños. Muchas de esas "ausencias" son inexplicables o todavía no se han resuelto ¿será esta también una de ellas?» ...

La reportera continuaba emitiendo en directo y todos los vecinos y transeúntes que pasaban por allí se detuvieron detrás del cordón policial que Freddy había colocado en la calle.

—¡Maldita sea! ¿Cómo se habrán enterado? —Protestaba el inspector Balsera.

—¿Dónde estaban ustedes en el momento en que percibieron que el niño había desaparecido? —Volvió a preguntar a los padres...

—Estábamos en el comedor, a punto de cenar. Llamamos al niño y como no bajaba, su madre subió a buscarlo. Pero había desaparecido, ya no estaba en la buhardilla.

—¿Qué quiere decir con desaparecido?

—¿Cómo que qué quiero decir?, —necesita que le haga un croquis...

Julio empujaba al pequeño hasta la salida de los túneles asegurándose de que no resbalara.

—Dame la mano, Toni. —Le pidió Brenda. El niño confiaba plenamente en ella y detrás de él emergía Julio.

—¿Dónde estamos?

Había mesas, bancales con tierra y plantas marchitas y otras que habían tenido un crecimiento exuberante. En el suelo reposaban varias macetas de barro amontonadas y recipientes, una regadera de zinc y antiguas herramientas de jardinería. Las ventanas estaban cubiertas de barro y madreselva ahogando la poca luz que llegaba desde el exterior. Julio intentó abrir una de aquellas ventanas con su hombro y calló torpemente al suelo. Toni dejó escapar unas risas.

—¿Has terminado?, Esto es un invernadero —respondía Brenda, sujetando al niño, que no se separaba de ella.

—Creo que esta es la puerta —dijo Julio, y la empujó hasta desprender la bisagras. Julio perdió el equilibrio y cayó sobre ella. Toni pensaba que lo estaba haciendo a propósito y que era muy divertido.

—¿Estás bien, bombero? —le preguntó la teniente mientras Julio estaba todavía en el suelo. —Ya van dos. ¿Crees que podrás mantenerte de pie sin romperlo todo?

Atravesaron aquel jardín abandonado hasta una destartada casa por la que habían trepado las hiedras y cuyas ventanas se descolgaban a punto de derrumbarse.

—Yo conozco este sitio —dijo repentinamente Toni, —es la casa de las niñas.

No prestaron mucha atención al comentario del pequeño y continuaron por un pequeño sendero de adoquines que conducía hasta el rellano de la que había sido la puerta principal. Se detuvieron delante de unos amplios peldaños de madera desconchada y enmohecida. Cuando Julio puso los pies en el primer escalón se abrió la puerta y salieron tres niñas con aspecto descuidado y andrajoso, una de ellas no tendría más de seis años.

—Mis padres no me hacían caso. ¡Estas son las niñas que viven aquí!

—Exclamó el pequeño Toni con algo de pesar porque nadie le tomaba en serio.

Brenda dormía en aquella cama de hospital mientras Julio recordaba cómo fue la primera misión que habían compartido, la del niño desaparecido. En el interior de su taquilla sujeto con un imán, todavía conservaba el recorte de la revista *Fahrenheit* con la fotografía de Brenda a su lado y delante de ellos, el pequeño Toni, que ahora tendría unos dieciséis años. Las niñas fueron atendidas por el departamento de bienestar social y entregadas en adopción. Y los historiadores y arqueólogos de la ciudad difundieron el descubrimiento de unos túneles antiaéreos que nadie había descubierto hasta ahora y que todavía no estaban clasificados.

Julio rememoraba con una sonrisa aquella primera aventura cuando alguien abrió la puerta de la habitación. Era Allison Kelly, la madre de Brenda.

—Hola Julio. ¿Cómo está la niña? (Para su madre, la teniente siempre sería su niña) —Se encuentra bien, aunque todavía está algo sedada por el dolor en el hombro, ha tenido además una pequeña conmoción...

—Sí, ayer hablé con el doctor Boada y ya me puso al corriente.

—Claro, claro... ¿Quiere un café o un refresco?

—No Julio, gracias. Unas flores muy bonitas... Si tienes cosas que hacer, no te preocupes, esta noche yo me quedaré con ella. Ya le diré que has venido...

Julio cogió su ropa de abrigo y se despidió con cierta melancólica resignación de Allison. En cierto modo tenía la sensación de que no estaba en su sitio, Allison acababa de llegar y él era simplemente un compañero de trabajo. Mientras cruzaba la calle, esa misma impresión, la de estar fuera de lugar le entristecía, de algún modo, su relación con Brenda no era tan íntima como para quedarse en el hospital toda la noche y después de eso se detuvo para mirar las ventanas iluminadas del tercer piso y comprendió que durante el incendio de la fábrica había estado a punto de perderla. Esta fue su primera vez sin Brenda, la primera vez que aquella angustia mordaz e infinita atenazaba su garganta hasta dejarle casi sin aliento.

El sol se ocultaba lentamente en la ciudad de Barcelona, el día llegaba a su fin envuelto por las prisas, el tráfico y la vida de miles de personas que se entrecruzaban cada día sin que ni siquiera repararan en el simple hecho de que compartían el mismo espacio, las mismas rutinas y que quizá tenían más cosas en común de lo que imaginaban.